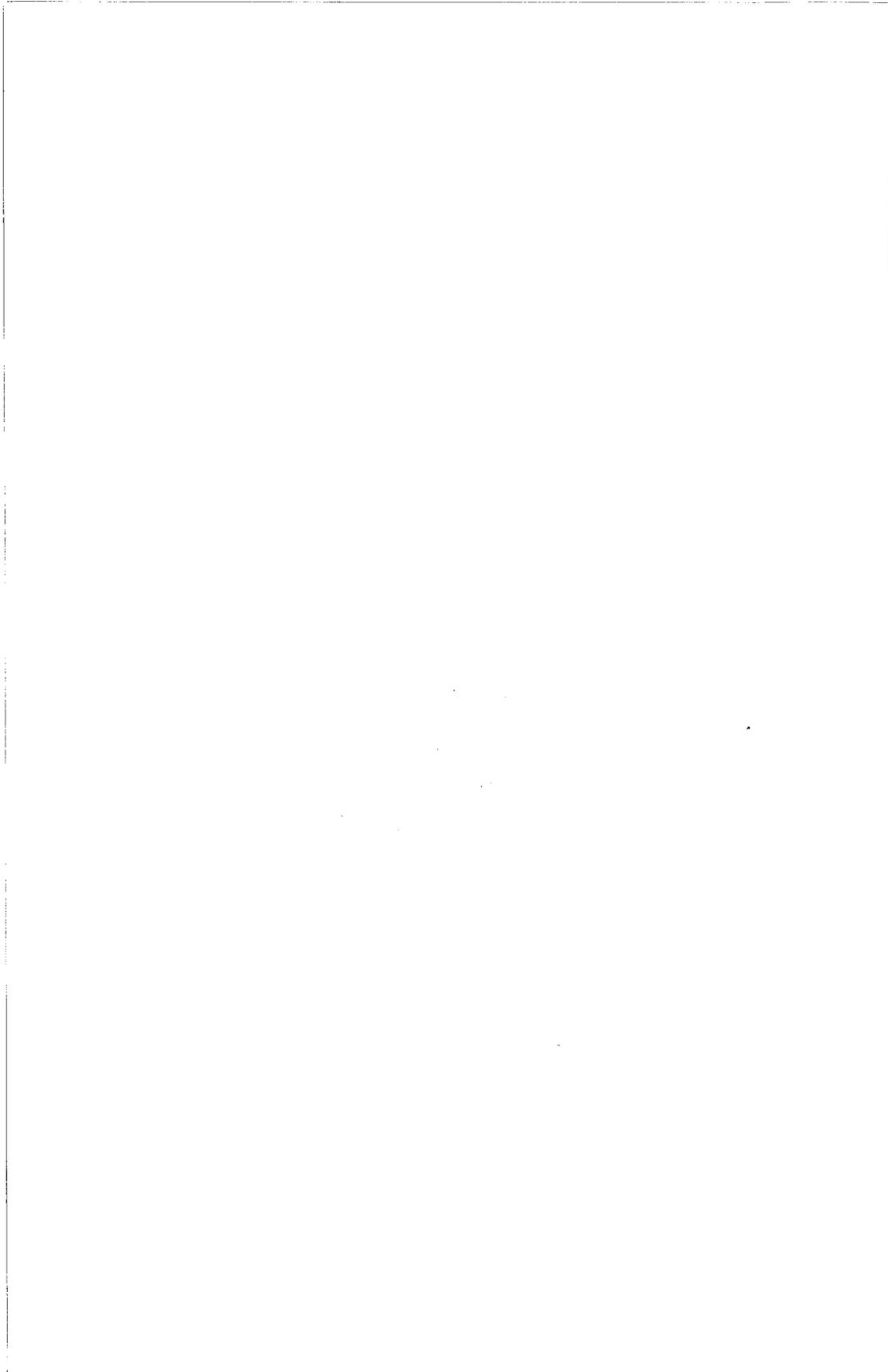


Tercer Premio Categoría Fotografía “Ve y lleva la paz” Domingo de la Cruz	52
Tercer Premio Categoría Pintura “Margaritas en mi ventana” Celina Fondeur	53
Mención de Honor Categoría Pintura “Chavón” Maritza Balbuena	54
“Quinceañera de raza negra” Marcela Pérez de Martí	55
VEREDICTO	57
APÉNDICE	63
Notas biográficas de los autores	



PRESENTACIÓN

Hace sólo unos días, entre las noticias aparecidas en los diarios a raíz del fallecimiento de George Harrison, integrante del legendario grupo de los Beatles, había una afirmación suya que debemos considerar como un aforismo conmovedor, una especie de arte poética. Harrison dijo alguna vez: “La vida es como una gota de lluvia sobre una flor de loto”. Esta breve frase revela la fugacidad material del ser humano, tan diminuto cuando lo observamos desde la perspectiva del infinito universo, y resume la filosofía de un músico de profundas creencias espirituales, para quien el arte constituyó una fuente nutricia indispensable.

Con verdadera pasión, en la soledad de su biblioteca, el escritor crea personajes y elabora ideas. De igual modo, en la intimidad de su taller, lejos del fragor mundano, el pintor plasma imágenes perdurables sobre lienzos. En los espacios abiertos, o en el tranquilo ambiente de un estudio poblado de reflectores, el fotógrafo eterniza objetos que testimoniarán el paso del tiempo. Pero debemos tener claro que el artista, cualquiera que sea su oficio, no cambia la realidad con su obra. Lo que cambia, como dice el escritor peruano Julio Ramón Ribeyro, es nuestra mirada. “La realidad sigue siendo la misma, pero la vemos a través de su obra, es decir, de un lente distinto. Ese lente nos permite acceder a grados de complejidad, de sentido, de sutileza o de esplendor

que estaban allí, en la realidad, pero que nosotros no habíamos visto.”¹

Es un deber insistir en la importancia del arte y la literatura para quienes se ganan el sustento con trabajos técnicos, en apariencia tan disímiles, que sin embargo cobran otro sentido cuando los sustentan la imaginación y el pensamiento. Un profesional de la economía, la administración o cualquier otra rama de las ciencias sociales estará siempre mejor equipado si es un buen lector o un espectador atento e instruido. Los grandes intelectuales de la economía, de Marx a Keynes, de Schumpeter a Galbraith, sobresalen entre sus coetáneos por la fuerza y profundidad de sus ideas, pero también por el sólido entramado de sus libros, que ellos no hubieran podido escribir sin la sabiduría a que se llega, entre otras cosas, a través de abundantes lecturas de los grandes autores y obras maestras de todos los tiempos.

El arte es una manera iluminadora de aproximación a la vida. Así mismo, la literatura —como ha escrito Gonzalo Suárez en su novela sobre el Marqués de Sade es siempre un puente entre los sueños y la realidad. Debajo, fluye indiferente la vida, y en su móvil superficie flota a veces la verdad”.²

El Banco Central de la República Dominicana auspicia cada año, para su personal activo y pasivo, este Concurso de Arte y Literatura. Los resultados de la séptima versión de dicho certamen constituyen motivo de orgullo para las autoridades de la entidad. El señor Gobernador, Lic. Francisco Guerrero Prats-R., además de economista y bancentraliano de muchos años, es un profesional sensible a las más variadas manifestaciones del arte y la literatura. Por eso no sorprende que siga muy de cerca el proceso del concurso y haya expresado, en más de una ocasión, su interés de que se mantengan los incentivos que constituyen estos premios. Es por eso que el Departamento Cultural desea agradecer su

¹ *Prosas apátridas (completas)*. Barcelona, Tusquets Editores, 1986, 3ra. ed., p.171.

² *Ciudadano Sade*. Barcelona, Círculo de Lectores, S.A., 1999, p.144.

permanente respaldo, que consideramos fundamental para la continuidad de este certamen, así como la valiosa colaboración del Vicegobernador, Lic. Luis Manuel Piantini Munnigh; la orientación de la señora Gerente, Lic. Gladys M. Santana S., y la Subgerente de Servicios y Sistemas, Lic. Celeste Silié de Castellanos.

Sirvan también estas palabras para reconocer la eficiente labor de los miembros del jurado, que contribuyen a prestigiar los resultados de cada certamen. El paciente y minucioso trabajo de la pianista y escritora Aída Bonnelly de Díaz, la crítica de arte Marianne de Tolentino, el pintor Alberto Bass, y los escritores José del Castillo y Miguel Reyes Sánchez, contribuye a estimular la participación de empleados y funcionarios. La idoneidad y desinterés del jurado son la mejor garantía de imparcialidad en el otorgamiento de los premios, instituidos para reconocer y estimular el talento y el trabajo creador.

Este año, el concurso contemplaba cuatro categorías: "Pintura", "Fotografía", "Cuento", y "Ensayo". La última fue declarada desierta, por no haberse presentado ningún texto bajo esa denominación. Por tal motivo, los miembros del Jurado han decidido otorgar más premios en los renglones de pintura y fotografía que, como es ya habitual en nuestro concurso, han resultado los más concurridos, con una apreciable calidad que dentro de unos instantes podremos comprobar. Los trabajos galardonados, como se sabe, pasan a formar parte de la galería de obras incorporadas a la Colección del Banco Central, y los textos e ilustraciones serán reunidos en un libro el año próximo. A todos los que han resultado ganadores, la institución desea expresarles sus más sentidos parabienes y exhortar a los demás participantes a que perseveren con nuevos trabajos el año próximo.

Ya para finalizar, como mensaje de amistad en el último acto del Departamento Cultural en el año 2001, y con el deseo de dejar en el ánimo de todos los presentes un mensaje estimulante,

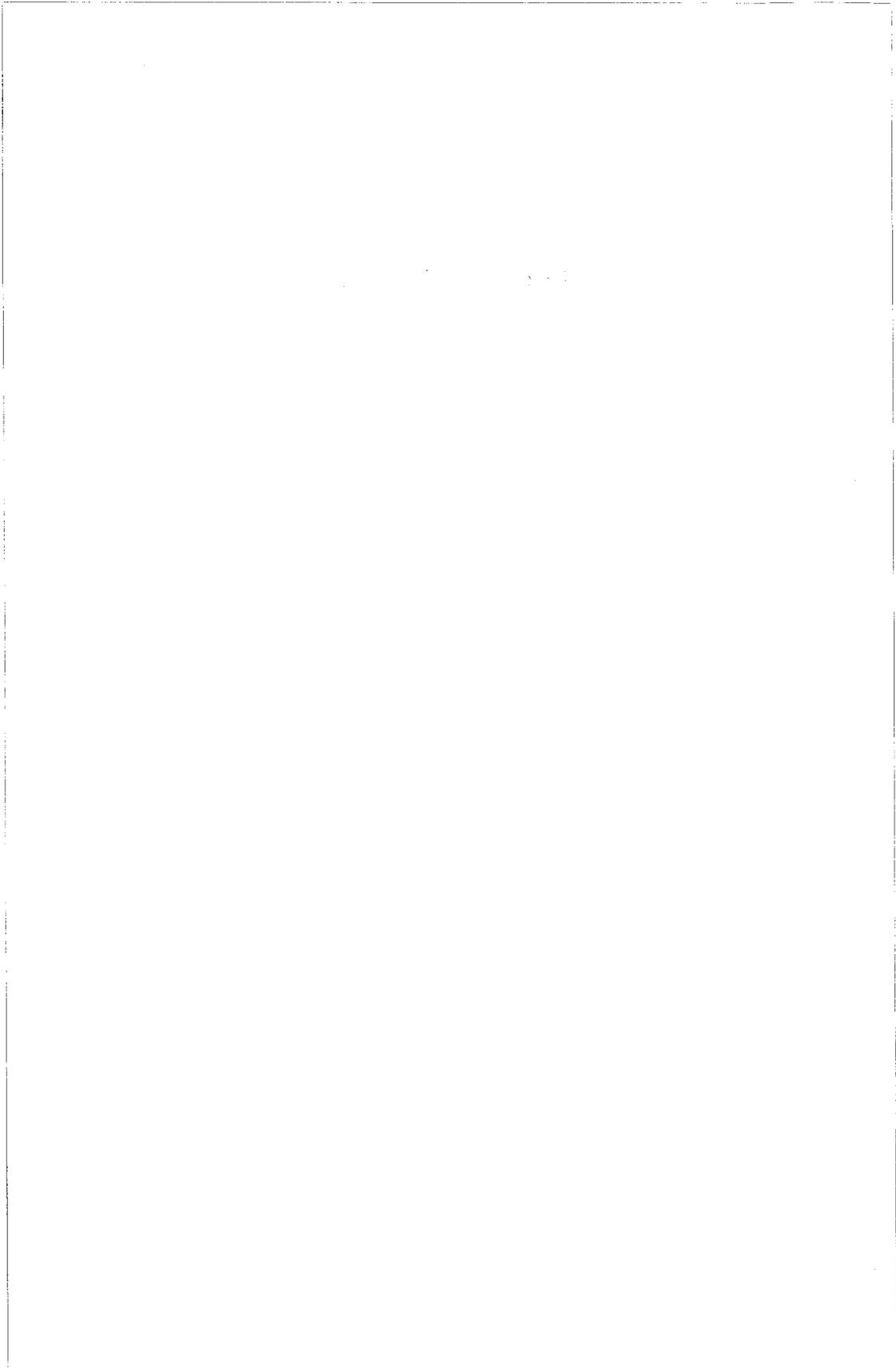
permítanme citar aquellos inolvidables versos de Octavio Paz, echados al viento por el poeta en su “Cántaro roto”, para que sirvan de inspiración en estas fiestas y en los inicios del nuevo año:

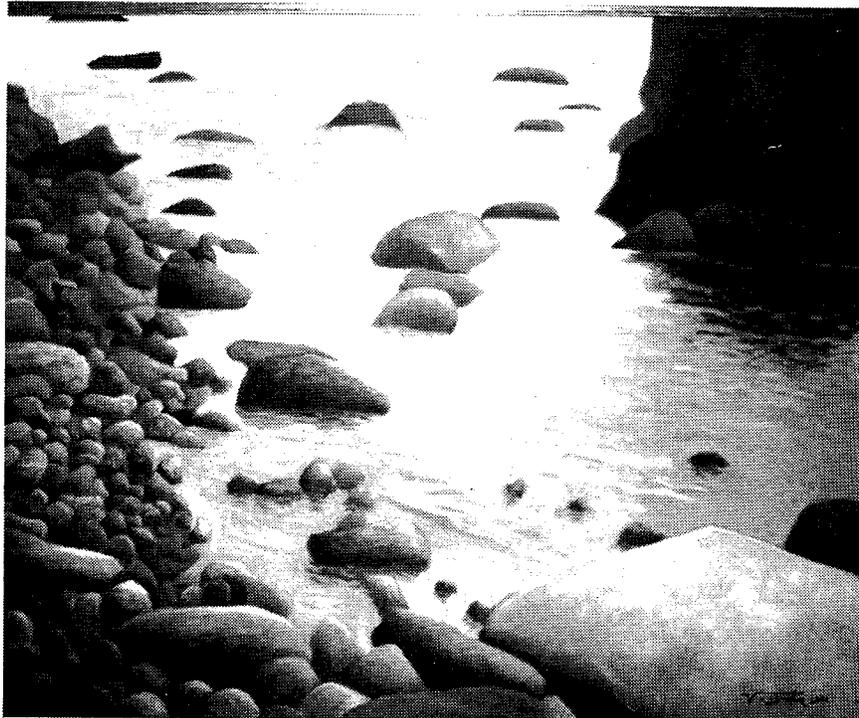
*Hay que dormir con los ojos abiertos, hay que
soñar con las manos,
soñemos sueños activos de río buscando su cauce,
sueños del sol soñando sus mundos,
hay que soñar en voz alta, hay que cantar hasta
que el canto eche raíces, tronco, ramas, pájaros, astros,
cantar hasta que el sueño engendre y brote del
costado del dormido la espiga roja de la
resurrección”³*

³ *La estación violenta*, México, D.F., Fondo de Cultura Económica, 6ta. Reimpresión, 1995, p.53-54.

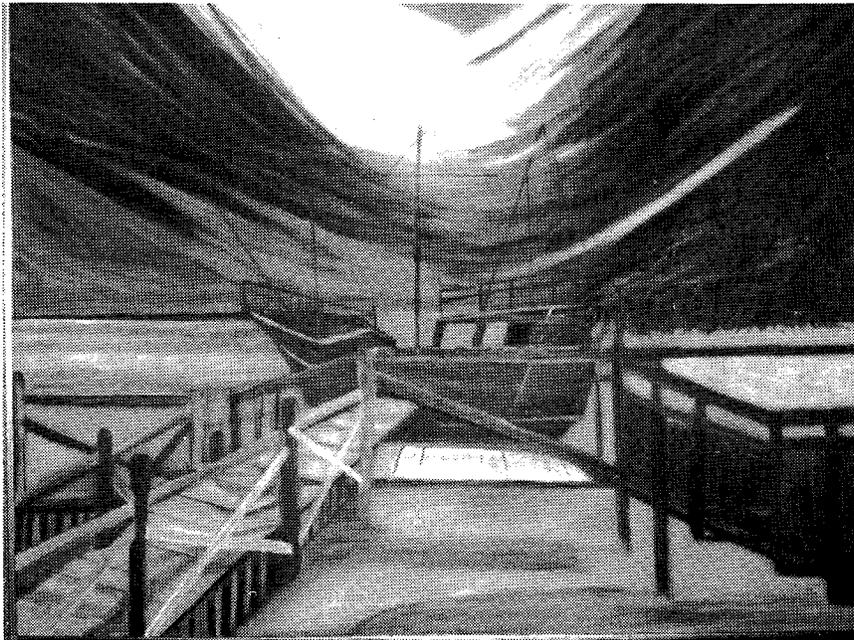
Palabras pronunciadas en el acto de premiación del Séptimo Concurso de Arte y Literatura Bancentral, el 3 de diciembre de 2001.

PREMIOS AÑO 2001





Primer Premio Pintura
Plenitud
Vladimir A. Bretón Méndez



Primer Premio Pintura
Azul-azul
Sarah Perelló Cruz

PRIMER PREMIO CUENTO

Dos cuentos

Henry Almonte Diloné

Les juro que ocurrió tal y como se lo cuento. Es más, no se lo contaría si no tuviera, como tengo, la plena seguridad de que los autores de los dos cuentos reirían hasta desternillarse, si pudieran enterarse desde el más allá, de esta ingenua ocurrencia del más acá.

Lo cierto es que aquella mañana, como cada jueves, hice un alto en mis labores habituales y acudí feliz a mi cita con el dentista. Debo aclarar eso de ir feliz a un lugar donde generalmente la gente va por obligación; pero es que en medio del tráfico cotidiano y en una época como la nuestra, cibernética, dinámica, mercurial, competitiva... descubrir un odontólogo de hoy que trata a sus pacientes como se hacía antaño, es un verdadero privilegio.

Dígame usted dónde encontrar un estomatólogo –así le dicen hoy día–, que antes de anestesiar las encías de un paciente invierta media hora en comentar la última novela de Avelino Stanley, los cuentos más recientes del Gabo, la angustia existencial de Sueko, la hermosa cotidianidad de un día cualquiera en la vida de Virgilio Díaz Grullón o la insustituible receta de Juan Bosch sobre el arte de escribir cuentos.

Dónde hallar un sacamuelas –como diría mi abuelo– con manos maravillosas tanto para suavizar el molesto pinchazo de la inyección o las aterradoras vibraciones de la “maquinita”, como

para pintar una hermosa morena en acuarela o un mar tropical con degradaciones tan sutiles que más que un cuadro al óleo parezca una fotografía digital.

Esa atmósfera propició quizás el asunto de los dos cuentos; porque desde los arpegios musicales que se escuchan al abrir la puerta del consultorio, hasta la actitud siempre jovial con que te reciben Martha y María, las asistentes del doctor, en aquel ambiente se percibe que la prosa, la poesía, la música y la pintura constituyen la materia prima de la que está hecha la vida.

En ese ambiente todos resultamos contagiados, porque honestamente hablando, dónde usted puede encontrar una sala de espera en la que los pacientes no hablen ni de política, ni de pelota, ni de la iglesia, sino de literatura.

Por eso no me extrañó que aquella mañana María, con la ingenuidad propia de su adolescencia, me planteara el tema de los dos cuentos. Y es que María además de laborar como asistente de mi dentista, es estudiante de término del bachillerato en un liceo público de la parte alta de la ciudad.

–Me han puesto de tarea hacer una composición sobre dos cuentos –me dijo casi con vergüenza– uno de Juan Bosch y otro de Virgilio Díaz Grullón.

Confieso que cuando ella sacó de su mochila las fotocopias con los textos de ambos cuentos, me pareció que de algún modo ese sencillo acto marcaba la restauración de mi confianza en el sistema educativo nacional.

No todo, ni todos están perdidos. Un profesor anónimo de la parte alta de la ciudad se preocupa no solo porque sus alumnos lean, sino por lo que leen. Pensé que eso debería ser noticia de primera plana en los suplementos culturales de alguno de los incontables periódicos de circulación nacional.

–¿Cuál podríamos decir que es el argumento en el cuento “La Mujer”, de Juan Bosch? –me preguntó María del Carmen, que así se llama la muchacha, casi a quemarropa.

Como el doctor todavía no llegaba preferí decirle que leyéramos el cuento, y la magia del autor volvió a repetirse. Sí, la magia del autor. No puedo decirlo de otro modo, porque como por arte de magia dos pacientes que llegaron en ese momento a la sala de espera, un visitador a médicos y hasta la señora que hace la limpieza en el consultorio, escucharon ensimismados el relato sobre “La Mujer” y los acontecimientos que se describen en el mismo.

Parecía que de algún modo y a través de mí –aclaro que no por méritos míos sino por una especie de sortilegio tutelar– en ese momento nos aglutinaba en aquella sala de espera, el mismo poder de convocatoria que pegaba a los dominicanos alrededor de la radio en aquellas jornadas electorales a principio de los sesentas, luego del ajusticiamiento del Inolvidable Jefe ido a destiempo.

Y el sortilegio continuó porque al terminar la lectura de “La Mujer” nadie comentó nada, sólo María, como levitando, me dijo tenuemente al tiempo que me pasaba la fotocopia con el texto del otro cuento:

-¿Quién es el protagonista en el cuento “El Embarazo”, de Virgilio Díaz Grullón? -.

Esta vez no tuve que pedirle que lo leyéramos, sino que mecánicamente inicié su lectura. “El Embarazo”, un cuento breve, con una poderosa síntesis sobre un tema tan abstracto como lo que somos o no somos y con una enseñanza vital de que más que ser lo que creemos que somos, en realidad somos lo que pensamos.

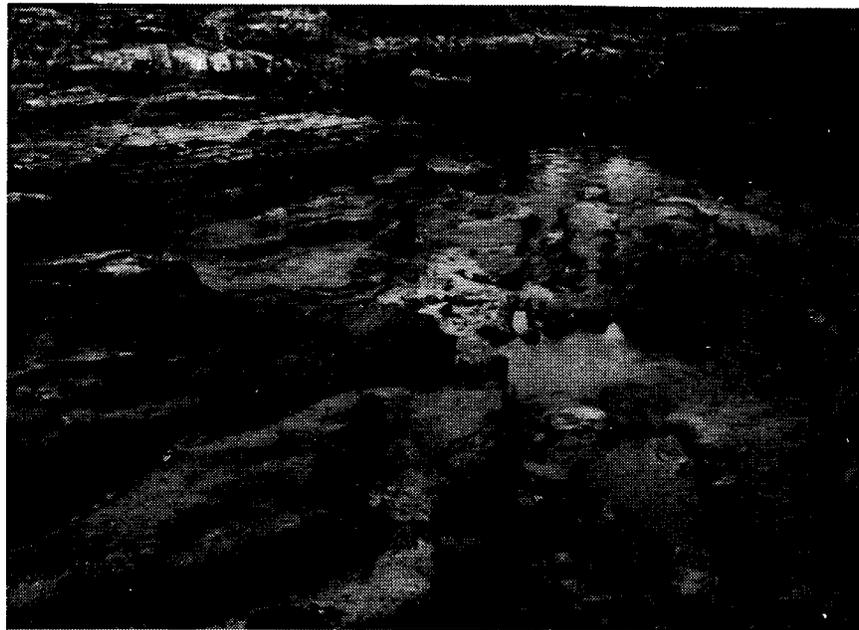
Y he ahí la magia de la palabra escrita y hablada – y debo reiterar en lo que a mí respecta que no se trata de mérito alguno mío como lector, sino de una intangible motivación desde el arcano, porque tan real era la presencia de Don Virgilio, tan nítido se percibía su aliento, tan poderosa era su descripción, que parecía un contertulio más en aquella sala de espera y en aquella mañana de septiembre.

Extraño fenómeno el de una sala de espera de un consultorio dental en una isla caribeña, convertida en ágora, en el pórtico del siglo veintiuno, al influjo maravilloso de dos cuentos.

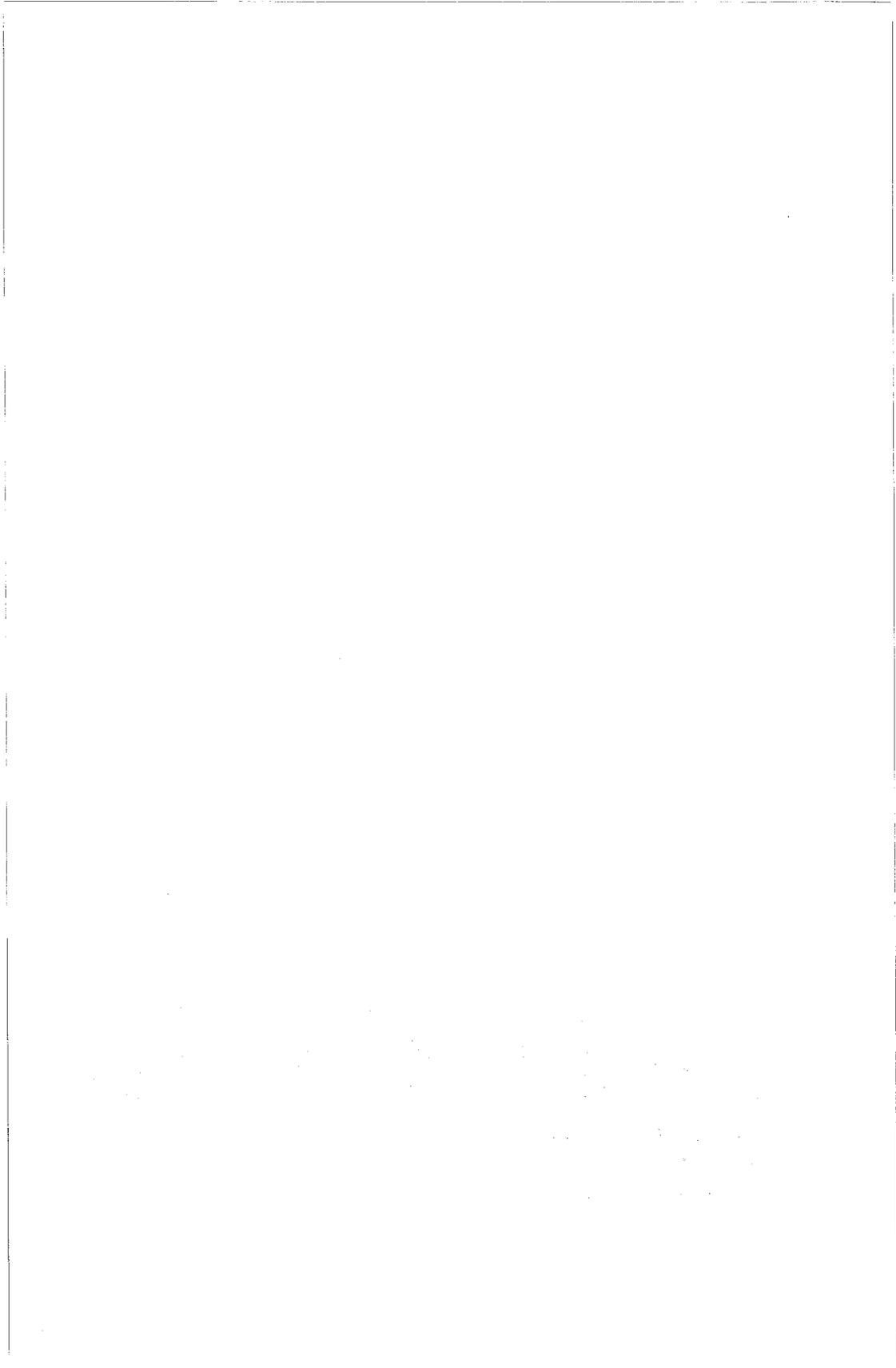
Juró que ese *momentum* nos invadió a todos, que podía percibirse en el ambiente la presencia de ambos autores como sombras tutelares y que allí quedó demostrado de forma irrefutable, que el aplauso más estruendoso puede ser expresado en ocasiones, a través del silencio. Un silencio denso, pleno, total, que fue roto por uno de los presentes al referirse a la trascendencia de los dos cuentos y equivocarse al momento de nombrar a sus autores respectivos.

Entonces ocurrió lo que les cuento. Lo juro. Todavía me río, como lo hicimos todos, cuando pienso en ello. Como lo harían los autores. Y es que María del Carmen, con su ingenuidad angelical y queriendo corregir el asunto, le dijo suavemente al paciente que hizo el comentario:

–No amigo es al revés... “La Mujer” es de Bosch, pero el “Embarazo”, es de Díaz Grullón.



Primer Premio Fotografía
Lago azul
Rafael V. Ravelo Peña



SEGUNDO PREMIO CUENTO
Frente a la nada, dedos de ruina

Juan Manuel Prida Busto

Lo tuvo frente a sus ojos desde un principio. No sabía qué era, de qué se trataba aquél objeto que llamaba su atención. Sólo atinaba a ver algo redondo, dentro de lo que se movían dos dedos. El más pequeño parecía pesado, haragán, un tanto aletargado. Casi no se movía o, más bien, lo hacía poco a poco, a paso cansino. El más largo, en cambio, era más avispado, daba señales de gran vitalidad, andando sin parar, sin detenerse un instante.

Cuando salió de la cuna, y pudo hablar, preguntó.

Es un reloj, hijo, marca las horas, el paso del tiempo.

La respuesta de la madre no le satisfizo en absoluto.

Reloj, horas, tiempo. Palabras incomprensibles que poco le decían, en nada aclaraban sus dudas.

Quedó prendado de aquellos dedos y de su movimiento, pasando tardes enteras ante el redondel de vidrio que les servía de albergue.

Es infinito el tiempo, mejor te buscas algo útil que hacer, desperdiciará la vida si sigues ahí absorto indefinidamente. No paran las agujas.

La madre agregó un elemento adicional a su desconcierto.

Infinito.

La palabra rebotó en su cabeza sin comprender el alcance del término.

Significa, hijo, que no tiene fin. Por algo te dije que no malgastes los cortos años de tu vida contemplando un reloj. Es como estar frente a la nada. Si lo haces, se te pasarán los años sin tener nada en concreto.

Infinito el tiempo.

Cortos los años de su vida.

Mucho dentro de una simple esfera.

Poco, vidrio afuera.

Enorme desproporción que lo turbó aún más, aumentado su desasosiego.

Pero el mundo es más amplio que el pobre espacio donde se mueve el par de dedos. No entiendo.

Espera que te lo expliquen en el colegio. No puedo decirte más, o darte mayores detalles.

Afligida, la madre esperaba que el profesor diese la debida satisfacción a tan creciente curiosidad.

Mamá, llegó alborotado de la clase, el profesor me dijo más o menos lo que me contaste. Que el reloj es un instrumento para medir el tiempo, para darnos alguna orientación de cómo se suceden la noche y el día. Es como un punto de referencia, una guía. Nada más. Me explicó, también, que en el espacio, en lo profundo del universo, el tiempo no existe y, por tanto, es infinito. Es como si allí no hubiese nada y todo a la vez, qué curioso, ¿verdad mamá?

No sabía, dijo sorprendida la madre. ¿Ves que sí te daría una respuesta adecuada? Me alegro que ya lo entiendas.

Sigo sin entender, la verdad. De nada nos sirve saber que en lejano universo, en el espacio sideral, como dijo el profesor, no hay tiempo, porque no vivimos allá, sino aquí, atrapados en una esfera de vidrio, al salto de unos dedos juguetones que no se cansan de andar y que nos hacen cambiar los dientes, arrugarnos la cara, teñir de blanco el pelo y echarnos en una caja y dejar llorando a muchos.

Rumbo al infinito, se le ocurrió decir a la madre, distraída, por darle conversación, sin saber que estaba activando con ello un resorte desconocido.

¿Cómo dijiste? ¿Rumbo al infinito?, respondió maravillado.

Sería interesante conocerlo, dijo entre dientes.

Eso dije, pero no sé por qué. Y, oye, cambia el tema, que no sé nada de esos asuntos. Sólo puedo decirte que tu amigo, el de los dos dedos, uno haragán y otro dinámico, está señalando la hora de irse a la cama. Así que, a prepararse, que mañana tienes que madrugar, no sea que pierdas el autobús y llegues tarde al colegio.

No durmió, dándole vueltas al torbellino de dudas que tenía en la cabeza.

Ya sé, mamá. Creo que tengo la respuesta, por fin.

A ver, dijo la madre, mientras le servía el desayuno.

Me parece que a los seres humanos, para que logaran entender lo que tenían entre manos, para adecuar las cosas a su capacidad de comprensión, le pusieron un reloj a su alcance. El creador le dio un plazo al mundo, todo con el propósito de que el hombre pudiese desenvolver su vida, porque sin tiempo, ¿cómo lo haría? Y que cada uno de nosotros, los seres humanos, sin excepción, sin distinción alguna, vivimos una determinada cantidad de años...

Sí, ¿y qué pasa?, le interrumpió la madre. Come, que se te hace tarde. Ya podrás discutirlo con tu profesor cuando llegues al colegio.

Y esos años que vivimos, retomó el tema como si nada, como si no hubiese habido interrupción alguna en su razonamiento, se van descontando del plazo grande fijado para el mundo que vivimos.

Qué cosas dices, muchacho. El tiempo lo maneja a su manera, a su propio antojo el hombre, pero no lo entiende, no comprende su esencia. Te repito lo que dije en días pasados, en el espacio sideral, en el universo, el concepto del tiempo que conocemos

mero punto de partida. Las estrellas no andan corriendo por llegar a algún sitio, no tienen por qué hacerlo, ni los astros. Los astros no aceleran el paso porque alguien los espera. Son y están ahí, sin reloj.

La apreciación del profesor no despejó sus dudas, que seguían creciendo. Estaba seguro, por demás, de que al planeta le quedaba poco por vivir.

Mamá, los millones y millones de personas que han vivido antes que nosotros han minado las fuerzas del planeta. Lo han desgastado, de tanto apresurarlo sin sentido. Lo han avejentado, y ya no puede más. Los que estamos ahora seguimos restándole energía, carcomiendo su vitalidad, que ya parece que es escasa. Le queda poco tiempo. Voy a prepararme.

Sí, vete preparando para dormir.

A partir de entonces, se sentó frente a un gran reloj de pared que le había regalado su madre, haciendo el conteo regresivo a la vida del planeta.

Falta poco, mamá, ya sí.

Un día, entró la madre a su habitación y le halló muerto, con la comida sobre la mesa, sin tocar.

Le dejó una nota.

La instaba a prepararse, que no tenía mucho por delante, que el plazo estaba a punto de vencerse, y que el planeta y todos los que en él habitaban, irían a confundirse con el universo, a ser parte indivisible del universo, sin relojes, sin esferas con dedos, sin prisas tontas, sin el implacable tiempo, que todo lo arruina.



Segundo Premio Fotografía
Paisaje de palmeras
Rafael V. Ravelo Peña



Segundo Premio Fotografia
Expresión del carnaval
José C. Polanco Santana

TERCER PREMIO CUENTO

El primer encuentro

Juan Manuel Prida Busto

Llevaba prisa. Le había cogido la hora. Miró aquel rostro al pasar, sin mucho detenimiento. Era una de las tantas personas con las que a diario se cruzaba cada mañana. Llegó justo a tiempo, jadeante, segundos antes de que le cerraran la puerta en las narices.

Un poco más, y me quedo colgado, pensó, secándose el sudor de la cara, camino al aula.

Todos los días, el mismo trayecto, casi siempre las mismas caras. Sabía si andaba tarde, o no, por las escenas vistas en cada oportunidad. Si encontraba a la señora de al lado, buenos días, señora, buenos días, corre, muchacho, para que llegues a tu hora, dos o tres cuadras más adelante, no había problema. Puntual como un reloj, cayendo las siete la vecina sacaba a pasear al perro. Si al gordo de bigotes que mecía un maletín negro con fuerza en su mano derecha lo divisaba cerca de la parada de autobuses, todo iba bien. Si las dos niñas continuaban al lado de la abuela esperando el minibús escolar, podía andar con calma.

Aquella mañana todo fue diferente. La vecina venía ya de regreso, el perro moviendo el rabo como loco por la salida matutina de higiene intestinal. El maletín del gordo lo vio entrar a un edificio, e imaginó que los bigotes andarían revueltos por la carrera. El área de espera se hallaba vacía, la abuela había vuelto a casa, luego de dar un beso a cada nieta al tiempo de recordarles

comer la merienda y portarse bien, no quiero quejas. Sus anónimos compañeros habían abandonado las posiciones adecuadas, en los puntos en los que no había peligro de amonestación.

Llevo dos, y el mes apenas comienza.

A la tercera, llamada en tono medio. En la cuarta, se complican las cosas, al subir el tono considerablemente, que lleva amenaza de expulsión una semana. La quinta, sin escapatoria posible. Para colmos, un rostro nunca antes notado. Será nueva en el vecindario, o estará de visita, pensó, colocando los libros en el pupitre. No volvió a verla, sino una semana después. Hasta había olvidado el fugaz encuentro visual. Pero, allí estaba, es ella, sin duda, la que vi cuando estuve a punto de acumular la tercera tardanza.

Esa vez fue distinto, salió de casa con bastante antelación. Pasó frente a su puerta, observándola en detalle. La vio asomada a la ventana, la mirada perdida en algún punto lejano, en algún pensamiento, en algo que parecía intentar descifrar, desentrañar un misterio. Sus miradas se encontraron, como cruza de norte a sur el viento mañanero, sin mayores contratiempos. Él, en cambio, mantuvo durante varios pasos la vista fija en el rostro vuelto a encontrar. Tuvo una extraña sensación. En el aula, ese día, se mantuvo inquieto, como extraviado.

Definitivamente, es nueva, o está pasando una larga temporada en esa casa, pensó, escribiendo con desgana en la libreta la primera clase.

De vuelta a casa, miró con disimulo. La ventana, desierta. Los días atravesaron su existencia sin que sus padres volvieran a recibir quejas por las llegadas a deshora. La madre aplaudió el esfuerzo, la aceptación de la responsabilidad y, de paso, le echó el sermón de la hombría de bien, de los deberes cumplidos, del respeto a las normas, que aunque no nos guste es preciso acatar, eso forma el carácter, hijo, en el mañana te servirá no sabes cuánto.

Si mamá supiera, dijo para sus adentros al recibir un beso de sincera felicitación por su mejoría.

A los pocos días, lo que había sido un intercambio de miradas que recorren al azar lo circundante, tomó forma. Los ojos no miraban ya bultos sueltos desplazándose en el revoltijo de la calle. Percibían, en cambio, cosas concretas, seres concretos, frases por decirse, historias por contarse, sentires por transmitirse. Siempre a la ventana, los codos sobre el alféizar a veces, otras con un libro en la mano.

Qué curioso, parece como si siempre estuviera sentada, pensó, agregando en su interior, como para darse ánimo, mañana la abordo, le diré algo.

Esa mañana tardó dos meses en llegar. Por más fuerza que tomase al cerrar la puerta de su casa en dirección a la de ella, al pasar frente a su ventana, la lengua se le trababa y sólo los ojos despedían el brillo del deseo del encuentro, de la comunicación, del poder decirse cualquier cosa. Ella había notado su interés, las pupilas chispeantes, y aunque venían mirándose desde hacía un tiempo, las últimas veces le obsequiaba ella el mejor regalo a que hasta entonces podía aspirar. Una sonrisa, llena de dulzura, aunque un tanto triste, le dejaba al pasar. Sin saber cómo, el viernes, como para que conservase su presencia los dos días que no iba a pasar por allí, le dijo hola. Hola, contestó ella. Sintió que le estallaba la cara, roja de vergüenza, y apretó el paso. Llegó más temprano que nunca y se sentó en el pupitre flotando en la sensación de su proeza.

Me saludó, me respondió con un hola, se dijo lleno de felicidad.

Lamentó que fuera viernes.

Tendré que esperar hasta el lunes para volver a verla. Y si me presento en su casa mañana, y pido hablar con ella. Ni siquiera sé su nombre. No sé cómo decirle a su padre, madre, tía, hermano,

abuela, sobrino o quien sea en esa casa, que necesito conversar con la chica que todas las mañanas está a la ventana.

Llegó el lunes, y salió a la carrera de su casa, el rostro alegre. La vería y le diría que lo esperase a la salida del colegio, que quería hablarle, ser su amigo, si vivimos tan cerca, a menos de diez minutos. Ante la ventana no encontró su hermosa cara, estaba de espaldas, sentada. Carraspeó, para hacerse sentir. Notó ella su presencia y se dio vuelta en la silla, para encontrarse con un rostro demudado por la sorpresa. Le dio los buenos días. Contestó casi balbuceando, sin creerlo. Ese día lo pasó pensativo, distraído en clase. Por la tarde, de vuelta a casa, la encontró de codos en la ventana.

Ven, entra, le pidió.

Voy, sólo atinó a contestar, un tanto incómodo por la inusual presencia a esa hora.

¿Sorprendido?, le preguntó, fríamente.

El hermoso rostro que venía alegrando su vida desde hacía unos meses, estaba allí, en silla de ruedas, un libro sobre el regazo.

Es que no me imaginaba..., balbuceó.

Ya sé, no puedes creer que esté inválida, que no me sea posible caminar como lo haces tú, respondió, atenta a la expresión de sus atónitos ojos.

No, no es eso. Bueno, sí, la verdad que me ha impresionado mucho ver a una chica preciosa, joven como tú, en esta situación. Perdóname, es la impresión, nada más. Lo siento.

No hay nada que perdonar, dijo, plácidamente, con seguridad.

Eso no va a variar nada. Sólo dame unos minutos para cambiar la imagen, es únicamente una ligera alteración en los circuitos de mi mente, pidió con calma, tratando con la ocurrencia de borrar cualquier mal entendido.

¿Para mejorar, o empeorar la imagen?, preguntó con una sonrisa, celebrando la ocurrencia.

Ni mejora, ni empeora, sólo cambia.

Está bien, de acuerdo, como quieras.

A partir de ese momento, de la impresión inicial, de la transformación de imagen, se creó entre ellos la más fuerte relación que jamás tuviese.

Varios años mayor que él, fue ella desde entonces, todo en su vida. Le ayudaba en el colegio, le daba ánimo cuando flaqueaba o tenía problemas en casa con sus padres, y le pedía que no se apegara mucho a ella.

Es que, además de como me ves, estoy enferma. Dice el doctor que en un año, a lo sumo dos, me iré. Por eso no asisto al colegio como tú, total para qué, y siempre me encuentras leyendo, como Penélope, tejiendo y destejiendo el tiempo, a ver si logro engañar a mi dolencia, a ver si con eso puedo espantar o, al menos, alejar los augurios del médico.

Mentira, sabrán algo los médicos, más que darle a uno un montón de medicinas por cualquier malestar, por cualquier dolor de barriga te llenan de pastillas y jarabes y un montón de cosas que saben a diablos. Verás, con los adelantos de la ciencia, pronto podrás recuperar la salud, y hasta caminar. He visto que hacen unas piernas artificiales que nadie nota que no son naturales. Vas a hacer una vida normal, seguro que sí, puedes contar con toda mi ayuda.

Gracias por tu aliento, pero siento que es verdad, que se me acaba el tiempo.

Al finalizar el curso siguiente, con gran pesar, tuvo que ausentarse de la ciudad por varios días.

No quiero ir, entiende, son mis padres que insisten. Es que abuela está muy mal y vamos a visitarla. Pero, te prometo que sólo serán tres o cuatro días, una semana lo más. ¿Quieres que te traiga algo?

Donde vas no puedes traerme lo que quisiera, lo que necesito para estar a tu lado siempre, porque has sido muy bueno y complaciente conmigo, me traes flores, helados, chocolate, me

haces reír con tus cosas, y me haces muy feliz. De todas formas, vete tranquilo, esperaré que vuelvas. Me harás mucha falta. Ya no puedo estar sin verte todos los días, como siempre vienes.

Sí, qué bueno que me dices eso. Cuando regrese, como estoy de vacaciones, iremos al cine y a pasear todas las tardes, dijo con alegría, entusiasmado con la idea de volver pronto para estar a su lado.

De acuerdo, le dijo para tranquilizarlo, dándole un beso en la mejilla.

Al irse, calle abajo, volvió la cara hacia la ventana de su primer encuentro.

Ella quería salir de allí, ir con él donde su abuela, estar con su familia, ser parte de ella.

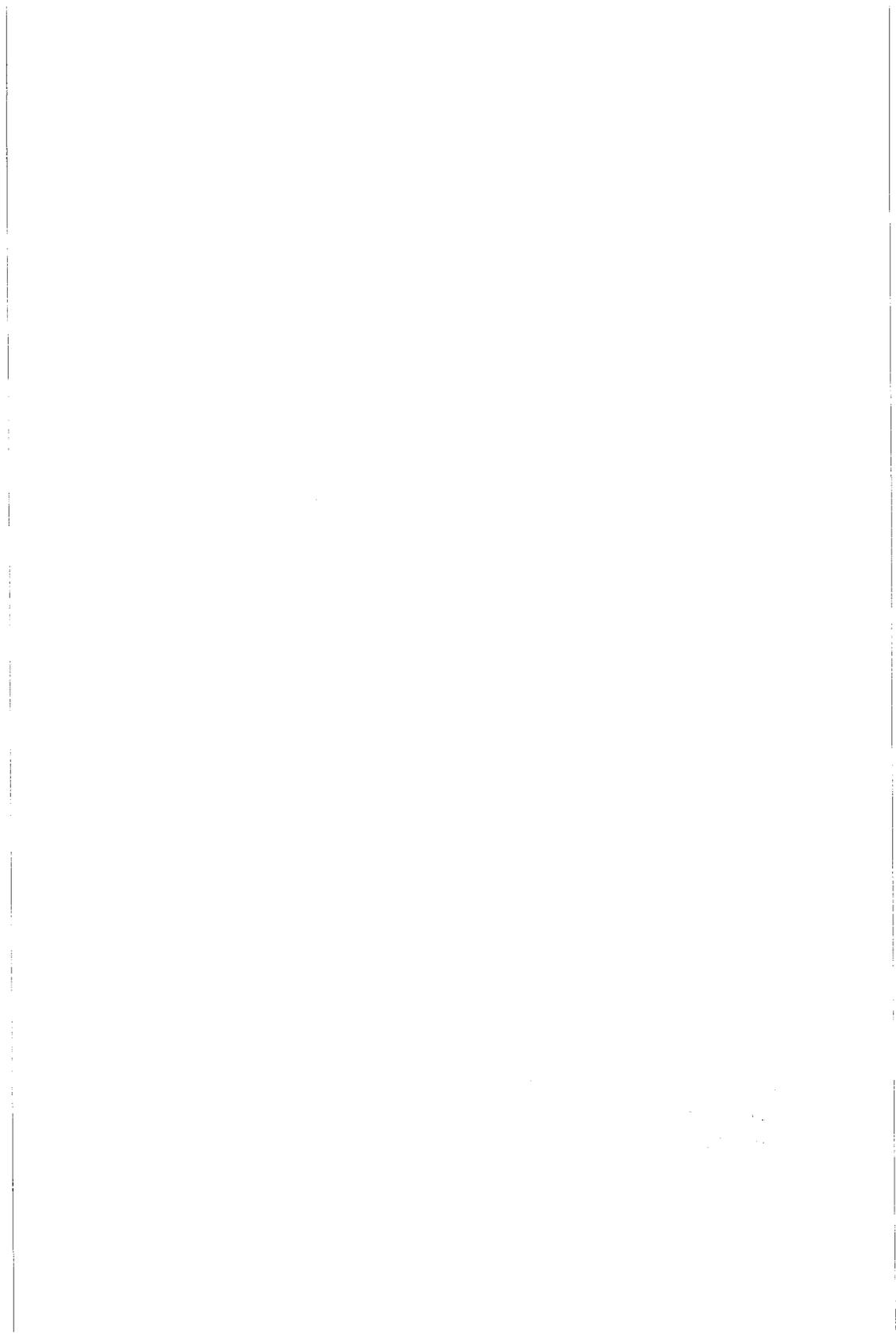
Él creyó ver lágrimas en sus ojos, y siguió apretando el paso.

Ella imaginó lo feliz que se sentiría la abuela viéndolo, quizás, por última vez. Pensó en lo curioso de la vida. No le dijo nada para no estropearle el momento, para no mortificarle en ausencia, pero lo necesitaba más que nunca antes y, sin embargo, debía cumplir un compromiso familiar ineludible, alejándose de ella, tal vez...

Todavía hoy, décadas después, conserva él en su mejilla el calor de unos labios que, sin saberlo, se despedían para siempre, que no volverían a hablarle, ni a ayudarlo en los estudios, ni a compartir su vida, ni a regañarlo porque se comía las uñas y empezaba a fumar uno que otro cigarrillo a escondidas.



Segundo Premio Pintura
El coquero
Geraldo Amable Pimentel Ramírez



MENCIÓN DE HONOR CUENTO

Sólo lo hice una vez

Rolando Nicolás Bodden Peguero

Sucedió cuando todo marchaba bien. En una zona capitalina del barrio residencial del sector de Arroyo Hondo, vivía un matrimonio que tenía cuatro hermosas criaturas. El nombre del señor, amo de ese hogar, Lenin, recuerda el político ruso, fundador del Estado Soviético, y la cónyuge, dama y señora de la casa, Apolina debía su nombre al de la abuela paterna, provenía de la Santa Apolina, virgen y mártir de Alejandría. Los nombres de los niños también respondían a un recuerdo histórico que llamaba la atención de quienes conocían a esa distinguida familia de apellido Guerrero.

A Lenin le gustaba mucho la lectura. Haber logrado su ubicación social en ese medio le había costado mucho sacrificio. Inicialmente trabajó en una ferretería de su padre como vendedor, después fue representante de una empresa de productos farmacéuticos donde adquirió muchas relaciones y experiencia, desarrolló habilidades e invirtió el dinero ganado en cuentas de bancos. Eso le abrió las puertas para hacer negocios con algunos bancos comerciales demostrando destrezas en el manejo de las obligaciones propias de esas instituciones. Rápidamente ascendió y pasa a ser Gerente y más tarde Presidente de un grupo empresarial de mucho prestigio.

Apolina, una bella mujer, siempre bien arreglada y dispuesta para la ocasión. Tenía la dirección de los quehaceres domésticos,

su manera de actuar muy responsable. Sus vínculos ancestrales denotaban una fuerte dependencia de los intereses y deseos de su madre. Mucha vigilancia de los amigos de sus hijos, para evitar las malas compañías. Atendía los “amores” a destiempo de su hija, era común la chaperona. En este caso, una prima de la mamá, “jamona”, hacía gala de no darse por enterada de nada, hasta tanto ella entendía que se violaban los principios familiares –un simple agarre de las manos-, oportunidad que estuvo ausente de su vida.

El escenario descrito tenía en el entorno la fiel expresión de una casa debidamente adornada, con los detalles propios de la disponibilidad económica. La funcionalidad de la terraza, de la sala, del comedor y de la cocina, estaban ubicados en el primer piso; en el segundo piso se disponía de las habitaciones, atractivas para descansar, preparadas con las comodidades de baños individuales, muebles acogedores y un lobby con T.V. hacían más confortable el espacio hábil para gozar de un recurso digno de una excelente calidad de vida.

El idilio romántico de la pareja sostenía todo ánimo de lo iniciado con entusiasmo, caricias, besos, abrazos, frases hermosas y muchos sueños sembrados en la mente. A los tres años de matrimonio, inicia el desvarío y la –sacadura de uñas- de Lenin, quien habiéndose vendido como un manso cordero para amar, comienza a establecer estrategias para cometer las más pasionales injusticias contra una mujer que “sólo ve por los ojos de él”.

Sucedió en ese hogar al llegar Lenin del trabajo un viernes. Tenía el agotamiento propio de las horas dedicadas al tiempo fuera de la casa. Apolina lo recibió con la dulzura acostumbrada. Le consigue los accesorios que requiere el momento: las pantuflas, la franela, el pantalón corto, un jugo para beber y de inmediato comienzan a dialogar de manera amable. Cada uno en la búsqueda de los temas que no han podido tratar durante el día. Los niños advirtieron la presencia de su padre y compartieron brevemente

con ambos. Se produjo el intercambio normal de un encuentro familiar.

Concluida la conversación momentánea con los niños, la pareja continuó hablando; el señor le dice a la señora: mañana – sábado- debo asistir a un juego de softball en la provincia de Bonao con el equipo representativo del Banco. De inmediato le advierte que en los preparativos acordaron no llevar a las damas. Le informa del punto de partida desde el Club del Banco de Reservas, a las 8:00 a.m. Dado el mensaje, todo parecía estar en supremo orden, esa misma noche Lenin organiza su equipaje con los útiles deportivos necesarios. En la mañana, sale a cumplir su compromiso, sin embargo, no fue precavido. No dejó amarrados los detalles en los cuales sólo él sabía que tenía un ingrediente engañoso.

Apolina aparentaba ingenua y despistada, se le ocurre llamar a la esposa de un compañero de trabajo de su esposo y le pregunta: ¿ya salió Eurípides para el viaje a Bonao?, y dice de inmediato - ¿raro que no nos invitaron?, responde la interlocutora, ¿y a qué viaje te refieres? –diciéndole a seguidas- Eurípides no salió a ninguna parte y hasta me comentó ayer de la suerte porque este fin de semana no había ninguna actividad de la oficina. Fue entonces cuando a Apolina se le puso el cuerpo como un demonio, sintió el escape de fuego por los ojos y los oídos; enrojeció, con síntomas de calentura propia de la menopausia a destiempo. Sin pensarlo dos veces, fue a la marquesina de la vivienda, encendió su vehículo y salió como un OVNI. Encontró un tapón en el trayecto. Se había producido un accidente entre dos choferes imprudentes de minibuses. Habían pasado 5 minutos de la tragedia. Llegó finalmente al sitio de donde saldría el equipo para Bonao, con los nervios doblemente alterados.

Cuando la vio el marido, se puso pálido como una hoja de papel y recogido como un andullo, sin saber qué palabras articular, le dijo: “amor, ven y siéntate”. El hombre estaba sentado en

una mesa donde habían botellas de cerveza, tragos de ron, de whisky y mujeres. Una de ellas sentada al lado de don Lenin, tenía una actitud muy alegre, haciendo ver que disfrutaba plenamente del momento.

Doña Apolina, en ánimo de darle a entender su fuerte disgusto, atinó a retirarse de manera violenta del lugar, puso la reversa del vehículo, arrancó y tumbó la columna de una verja próxima al ambiente donde estaban sentados compartiendo animadamente la fiesta, donde se escuchaba una canción de Nat King Cole, -acércate más y más y más, pero mucho más, y bésame así, así, así, como besas tú-. Después de ese ingrato momento, Apolina comenzó a indagar y a seguir más de cerca los pasos de su esposo. Siempre le ofrecía lo que no estaba dispuesto a darle, -el merecido respeto-. Le hacía invitaciones a restaurantes, almuerzos, cenas y viajes al exterior, quería cubrir las faltas cometidas de manera frecuente.

En uno de esos viajes realizados a la Isla del Encanto, Puerto Rico, llegaron próximo a las 6:00 p.m. No bien terminó el aterrizaje, cuando mister Lenin le dice a Apolina: debo visitar uno de mis jefes, residente en San Juan, al cual le había prometido hacerlo. Al instante le sugirió se fuera a descansar al Hotel Hilton -cinco estrellas-, te relajas, te cambias, regreso y nos vamos a cenar. Para sorpresa de Apolina, cerca de las 12 de la medianoche apareció él, pero ella, conociendo el comportamiento de "la figura", había llamado antes a la casa donde se suponía que estaría. Como era de esperarse, vuelve a confirmar otro fiel embuste. No sabían de su presencia en el encanto de la isla. Esos tres días de la pareja en ese país, sólo cuesta imaginárselos.

La última jugada pesada hecha por Lenin a Apolina, fue el día de su aniversario de bodas número 23. Era una costumbre, la invitaba a cenar ese día especial, en esta ocasión fueron al Restaurante Hai-A-Lai. Tenía especialidades en mariscos y era el plato favorito de ambos. El camarero, con mucha amabilidad

el plato favorito de ambos. El camarero, con mucha amabilidad le trae la carta, ellos la toman, seleccionan rápidamente lo deseado. Decidieron comer un plato de Langosta a la Thermidor para la señora y el otro plato de Langosta al Ajillo para el señor. Para tomar, una gin tonic y una cerveza Heineken, respectivamente. Cuando el mozo vuelve a la mesa para llevar las bebidas solicitadas, se le ocurre referirle a Lenin, don: “Hace algunos días no lo veo por La Tasca” ...Ahhh...si...responde sin querer hablar (La Tasca era un lugar bastante oscuro, donde la gente iba a bailar a partir de las 11:00 a.m. hasta las 12:00 de la medianoche y quedaba en la autopista de Las Américas, en la zona oriental de la Ciudad de Santo Domingo). Cuando Apolina escuchó la pregunta del mozo, ahí mismo se quedó la cena, pedida y perdida, porque no soportó escuchar el reiterado maltrato de su esposo.

A este momento, se le sumaron otros, y ya se había acumulado una cadena interminable de nuevas mentiras y anécdotas.

Como esa situación había creado un estado intolerante entre los cónyuges en la casa, los niños habían sentido ese malestar y las dificultades de comunicación entre sus padres; la niña mayor, Albania, hizo un comentario en la mesa, mientras almorzaban. Se refirió a un programa que vio en la televisión donde hablaban de la infidelidad masculina; se le ocurrió preguntar a qué se refería eso; cuando le dieron las explicaciones pertinentes, realiza otra pregunta: ¿Papi, tu le has sido infiel a Mami?, Lenin –con un grado de sorpresa inusitado y voz trémula– le respondió: “Sólo una vez lo he hecho, sólo una vez”, afirmó con enfado.



Tercer Premio Fotografía
Rostro del carnaval
Pedro Antonio Fernández

MENCIÓN DE HONOR CUENTO

Resplandor

Mirtha Celeste Disla Díaz

Su nacimiento fue para sus padres, la confirmación de la pasión avasallante que sentían el uno por el otro, la prueba de verse continuados, por aquellos sentimientos que los acompañaron hasta el final de sus días.

Zeus su padre, se enamoró de una mortal, de forma apasionada e ilógica para muchos que no comprendían cómo evaluar la pureza de ese sentimiento que se extendía más allá de su capacidad de entendimiento y en su ignorancia, les era imposible ver lo que estaba claro como el agua, que este amor se inicia hoy, pero se extiende hasta el infinito, al compás de las notas de su vida.

Bajó a la tierra de incógnito y desde que posó sus ojos en Matilde, su mirada se dulcificó con el dulzor del primer amor, bañada en las suaves aguas de un río de miel y maná donde él se sumergió con la confianza y el deseo de hacer mutuo aquel ritual que amenazaba con ahogarlo.

La reacción de sus compañeros del Olimpo fue predecible, jamás ninguno de ellos había cometido una afrenta como aquella, pero ellos de Zeus no dudaban nada, él siempre había sido un renegado que hacía lo que le venía en ganas.

Por primera vez notó que el tiempo transcurrido alejado de ella carecía de valor, tenía la voz de la soledad, yacía a sus pies suspendido en un abismo insuperable y peligroso.

Este nuevo latir de su alma, iluminado con las lámparas de aceite llevadas por las vírgenes, cuya luz irradia claridad en la noche, con su fulgor y alas de paloma mensajera llevan a su espíritu, la grandeza de convertirse de una unidad en una pareja.

Dudó por un momento que aquella perfección fuera una realidad, dejó que su pensamiento fuera una creación de su mente afiebrada, el deseo de encontrar la persona que convirtiera su vida de una mitad en un todo completo.

No tuvo el valor de reconocer su propia naturaleza que en aquel momento estaba separada de su comportamiento cotidiano, fue incapaz de reconocer el alcance de lo habitual en su cuerpo, recreado en la novedad de que el nuevo sentir en su interior.

Sintió en su mente lo pequeño en que se transforma un Dios al verse acosado, cuando el enemigo es una mujer de cabellos largos que pelea de forma poco ortodoxa adueñándose de tu voluntad hasta convertirte de un caballero armado a un simple mortal, sumiso, anteponiendo su vida a la propia.

Trató de juzgar su condición de la manera más ecuánime posible, en su conclusión, estaba viviendo los momentos más hermosos, encontrando un motivo primordial, antes de su existencia era vacía y ahora estaba rebosante su copa del vino más fino y elogiado del mundo, con la sencillez y plenitud de la sidra más fina, con el dulce néctar más apetitoso, con la satisfacción de una comida gourmet, y con la delicia del mejor postre.

Fijó su mirada en ella, notó que estaba cubierta de una luz maravillosa, brillante, deslumbradora, como jamás la había contemplado, parecía emanar de su interior como si se desprendiera de una fogata, con humildad sus ojos apenados se cerraron para no perturbar aquella belleza, guardar en su memoria ese momento que estaba seguro que se convertiría en su recuerdo máspreciado.

La decisión que ejecutó a continuación fue muy fácil, hablaría con ella, sabría de una vez por todas si estos sentimientos eran compartidos.

—¿Cuál es su nombre?

Su voz era una mezcla torturante de certeza y duda unidas en la misma proporción.

—Matilde- dijo ella ruborizada.

—Matilde, un nombre muy de acuerdo con su hermosura.

En su consciente tenía la seguridad que de la siguiente pregunta dependería su futuro.

—¿Quieres compartir el resto de tu vida conmigo?

—Claro que sí, mil veces sí.

Acercó su cuerpo al de ella, unidos en su primer abrazo, creando un lenguaje propio, con sus verbos, sustantivos, adjetivos, antónimos y parónimos.

A partir de ese momento, sus sentimientos estaban siendo pesados en su justa medida, colocados en el lugar correspondiente a la vida en pareja.

Sus pasos, que antes marchaban solitarios y ahora cada uno de ellos estaba viviendo la experiencia de hacerlo unidos, por los mismos caminos.

En su rutina diaria, rodeaba a su amada, para cerciorarse de que estaba con él, cada mañana, tarde y noche, compartiendo el mismo espacio, y para comprobar que era merecedor de esta gracia, al acostarse y despertarse la tocaba para cerciorarse de su presencia.

El nacimiento de su hija un año después escribió sus nombres con tinta imborrable por toda la eternidad, en un nuevo capítulo de su historia, el de ser padres.

Era una niña bella, con la dulzura de su madre y la gallardía de su padre.

Las manos de Zeus, grandes, fuertes y viriles, cambiaron en suaves y amorosas para acariciar a su hija.

El sol y la luna, discutían para cubrirla con su protección, el sol la iluminaba en el día y la luna en la noche, las estrellas cubrían la bóveda celeste, la lluvia mojaba la campiña de su cuerpecito hasta que brotaron rosas de mil colores, el viento movía su pelo, besaba sin permiso sus mejillas, atrevido y juguetón.

Pero sólo sus progenitores conocían el verdadero secreto que hacía su niña tan especial, y la embellecía minuto a minuto, había sido concebida en el amor.

Los Dioses, que en un principio juzgaron su relación como temeraria y sin razón, se dejaron subyugar por la pequeña y se dejaban conducir mansamente por sus manitas.

El día del bautizo, los Dioses, musas y demás miembros del Olimpo, asistieron para bendecirla.

Fue un momento muy emotivo cuando su padre la obsequió con el don de volar, su madre con la luz que tanto había impresionado a su padre, Venus con la belleza, otros Dioses con la sabiduría, el trueno y la vida eterna.

Al terminar el bautizo, le preguntaron cuál sería su nombre, Luz Eterna, dijo con orgullo.

Luz Eterna disfrutó de una infancia feliz, jugando en el Palacio de Cristal, llenando con sus gritos todo el ambiente.

Su alegría natural, su amorosa y bella estampa, sus bracitos acariciadores, sus labios con inocencia y confiados, besaban los que la querían, sus piernitas tiernas que se sentaban en los regazos, sus canciones infantiles, interpretadas por su dulce voz, todo se había convertido en indispensable para ellos.

Cuando cumplió 15 años, estaba aún recibiendo las felicitaciones y los obsequios, de repente se presentó un desconocido para ella, un ser que sintió negativo y malvado; que resta en vez de sumar, de divide en vez de multiplicar.

Zeus lo miró con sorpresa y dignidad, abrazó a Matilde y a Luz Eterna tratando de protegerlas en el nido de sus brazos.

Recordó que era un Dios del lado oscuro del Olimpo, con el cual él había tenido desacuerdos por mucho tiempo.

Su voz era fuerte y decidida, la mayoría de los presentes jamás la olvidarían.

–Luz Eterna, hoy es tu cumpleaños, no podía quedarme atrás, tengo un presente para ti, te verás obligada para sobrevivir a errar de Universo en Universo, de planeta en planeta, de país en país, te alimentará de la energía y la luz de cada uno, sola, completamente sola.

Dicho esto salió de la habitación, se marchó dejando tras de sí un enorme cúmulo de pesar.

Los seres de luz, presas del desconcierto y la incertidumbre, no comprendían la maldad que habitaba en quien con una palabra había destruido el futuro de la pequeña.

Todos salieron y dejaron la familia a solas para respetar su dolor.

Zeus y Matilde abrazaron a su hija, sintiéndose impotentes por primera vez de conducir el porvenir de su adorada, aquel malvado supo herirlos donde más les dolía.

En el Olimpo la noticia se propagó de persona en persona, de voz en voz, y todos compartieron su aflicción.

A los pocos días, notaron que Luz Eterna estaba cada día más débil, hasta el punto de no poder hablar ni levantarse.

Entonces tomaron la decisión más triste, la más difícil, separarse de ella, dejarla partir, para asegurar su supervivencia.

Le explicaron que la distancia más larga es corta cuando es el camino que debe recorrer el amor, su padre le dijo: no podemos ir contigo porque te haríamos daño, pero si necesitas de nosotros, sólo concéntrate y piensa en mí y enseguida saldré en tu ayuda.

La acompañaron al patio, Zeus que le había obsequiado el don de volar, le pidió que lo hiciese.

Trató en vano de volar varias veces, por fin remontó vuelo, sus padres la vieron alejarse hacia el infinito, confundida con las

nubes, que celosas de su belleza, la ocultaban para no tener competencia.

Por los siglos de los siglos viajó de universo en universo, de planeta en planeta, de país en país, cuando llegaba a ellos se sentía fortalecida, su cuerpo se llenaba de la luz regalo de su madre, en esos momentos se sentía muy cerca de sus padres, era el símbolo de su unión.

En su peregrinar, llegó a un planeta y se alimentó de su energía y su luz.

Fue de país en país, y llegó a uno más entre otros, se posó suavemente, abrió sus brazos para sentir la energía fluir en su cuerpo como tantas veces.

Nada era igual, su cuerpo protestó en su debilidad, tocó su garganta, no podía respirar, ni mantenerse en pie.

Un manto de sombras, trataba de cubrirla con el espesor de lo desconocido, jugueteando con ella para que aceptara su fin.

Sintió la muerte parada a su lado con un vestido de domingo, celebrando, cenando, coqueteando y bailando, como invitada de honor a una fiesta.

Trató de espantarla de alejarla con el movimiento de sus manos, para aclararle que no era bienvenida, se había colado en la celebración, pero no la obedecía.

Se sentó confiada en su regazo, comenzó a introducirse en su interior, con la confianza de siglos de experiencia, adueñándose de sus centros vitales, con su garra trató de detener su corazón, de congelar su sangre, de tapar con su antebrazo su nariz para impedir su respiración, aprovechándose de su inocencia.

Estaba en su casa, llevó su maleta, se mudó a su lado, haciéndose dueña de todo, poco a poco, sin darse a notar demasiado, actuando con cautela para no despertar sospechas, hizo un trabajo fino.

Como si fuera un niño pequeño la acunó en sus garras, tratando de silenciar sus protestas, dormirla, y poner punto final a esta historia.

Vio aproximarse una persona, arrastrándose se acercó a ella.

Trató de reunir las pocas fuerzas que aún le quedaban y le preguntó:

–¿En qué planeta estamos?

La mujer la miró con desconfianza, pero decidió contestarles.

–En el planeta tierra.

Su voz era ya un susurro.

–¿En qué país?

La mujer estaba a punto de perder la paciencia.

Estos americanos to' son locos, no sabe dónde tu estás, en República Dominicana.

¿Y por qué está oscuro? –le contestó, mientras se alejaba.

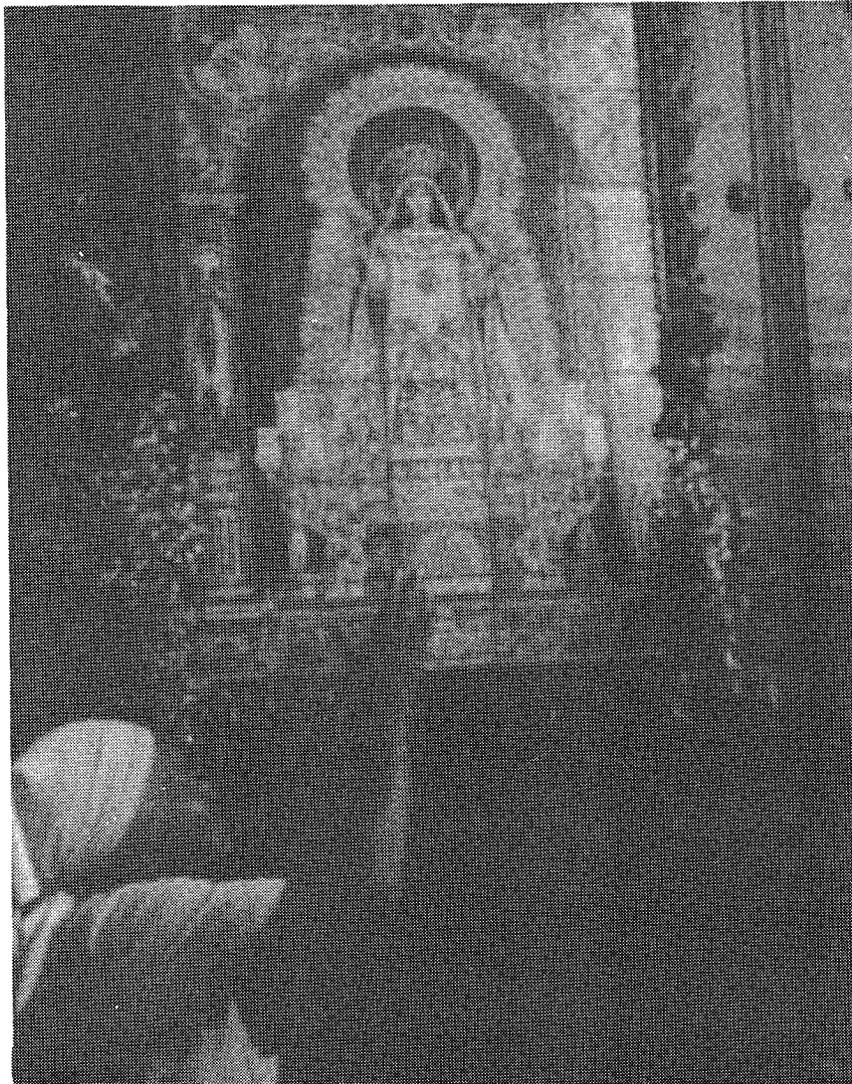
–Tú no sabes que aquí los apagones son de 24 horas.

Su enojo no tenía límites, haber viajado durante tanto tiempo, y venir al único país capaz de exterminarla.

Se sentó con el propósito de aceptar su suerte, dejar el final de su vida en las manos expertas del enemigo declarado, que la conduciría por los caminos desconocidos de la muerte.

Pero Zeus, que había seguido con celos de padre, su vida, decidió actuar, llamó a todos los Dioses del Olimpo y entre todos concentrados, ejerciendo su poder, consiguieron mantenerla con vida y la oportunidad de residir aquí, fue todo lo que pudieron hacer por ella.

La última vez que supe de ella, estaba viviendo en San Carlos, trabajaba en una Zona Franca, odiaba a EDENORTE y a EDESUR, había roto varios contadores, y se llamaba Juanita López.



Tercer Premio Fotografia
Ve y lleva la paz
Domingo De la Cruz



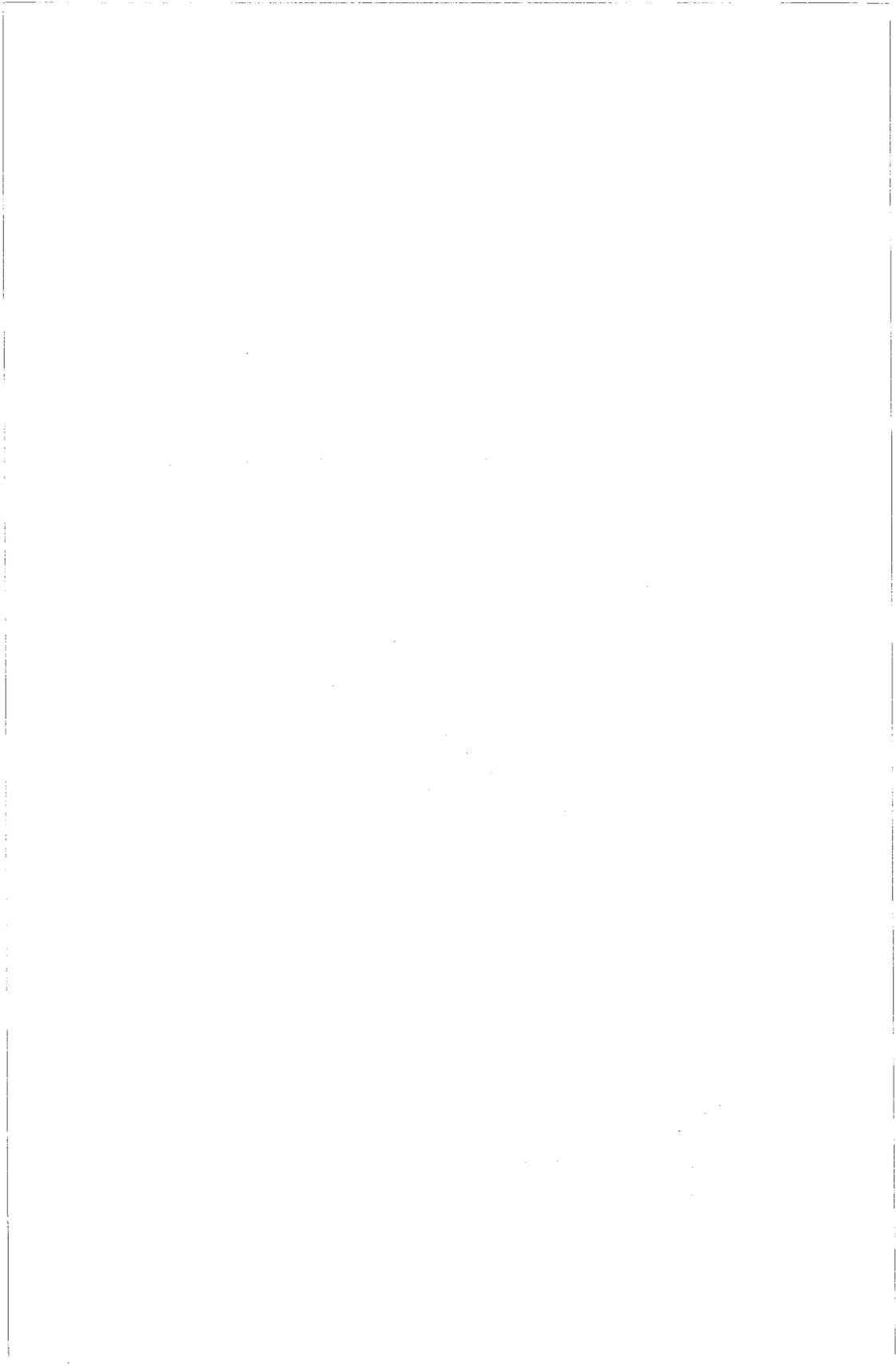
Tercer premio Pintura
Margaritas en mi ventana
Celina Fondeur



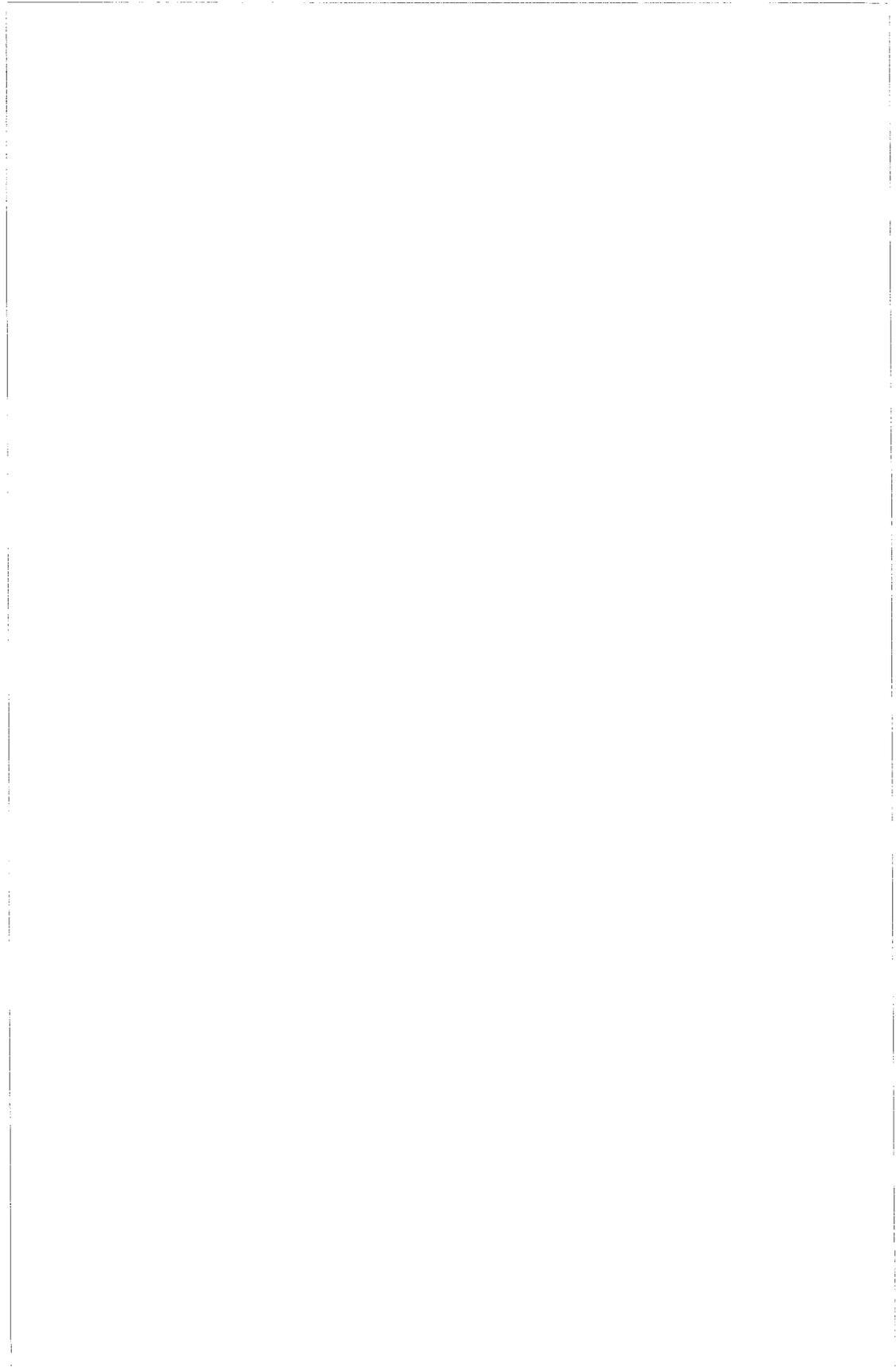
Mención de Honor
Categoría Pintura
"Chavón"
Maritza Balbuena



Mención de Honor
Categoría Pintura
“Quinceañera de raza negra”
Marcela Pérez de Martí



VEREDICTO
DEL CONCURSO DE ARTE YU LITERATURA
BANCENTRAL 2001



ARTE
CATEGORÍA PINTURA

Primer Premio

Obra: Plenitud
Seudónimo: Nuevecito
Autor: Vladimir A. Bretón Méndez

Segundo Premio

Obra: El coquero
Seudónimo: Emil
Autor: Geraldo Amable Pimentel Ramírez

Tercer Premio

Obra: Margaritas en mi ventana
Seudónimo: Priscilas
Autor: Celina Fondeur

Menciones de Honor

Obra: Chavón
Seudónimo: Gaviota
Autor: Maritza Balbuena

Obra: Quinceañera de raza negra
Seudónimo: Maella
Autor: Marcela Pérez de Martí

CATEGORÍA FOTOGRAFÍA

Primer Premio

Obra: Lago azul
Seudónimo: Extasiado
Autor: Rafael V. Ravelo Peña

Segundo Premio

Obra: Paisaje de palmeras
Seudónimo: Extasiado
Autor: Rafael V. Ravelo Peña

Segundo Premio

Obra: Expresión del carnaval
Seudónimo: Guariquetén
Autor: José C. Polanco Santana

Tercer Premio

Obra: Rostro del carnaval
Seudónimo: Mohamed
Autor: Pedro Antonio Fernández

Tercer Premio

Obra: Ve y lleva la paz
Seudónimo: Chuapy chuapy
Autor: Domingo de la Cruz

LITERATURA CATEGORÍA CUENTO

Primer Premio

Obra: Dos cuentos
Seudónimo: Fénix
Autor: Henry Almonte Diloné

Segundo Premio

Obra: Frente a la nada, dedos de ruina
Seudónimo: La vida... la nada
Autor: Juan Manuel Prida Busto

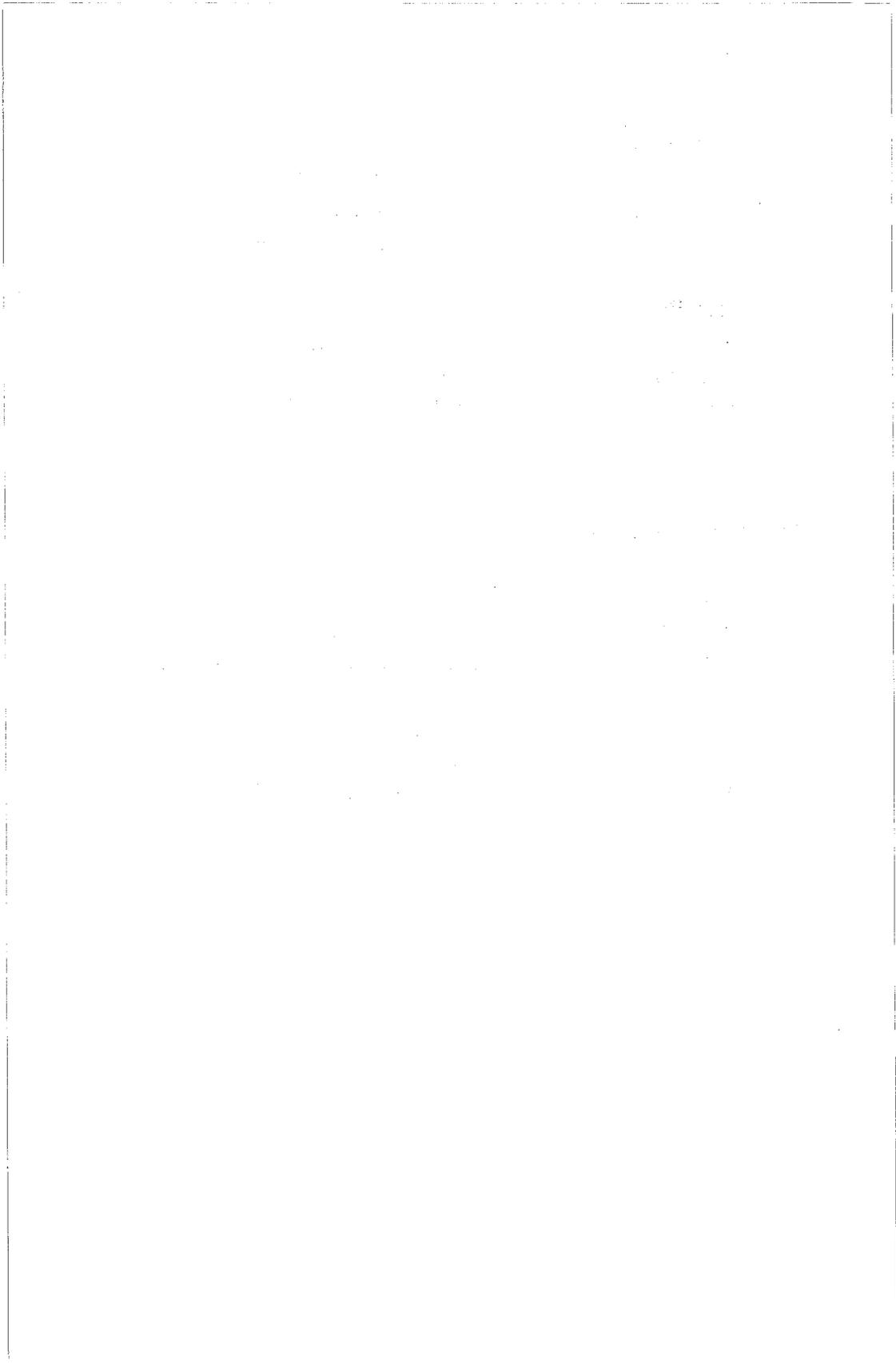
Tercer Premio

Obra: El primer encuentro
Seudónimo: La vida... la nada
Autor: Juan Manuel Prida Busto

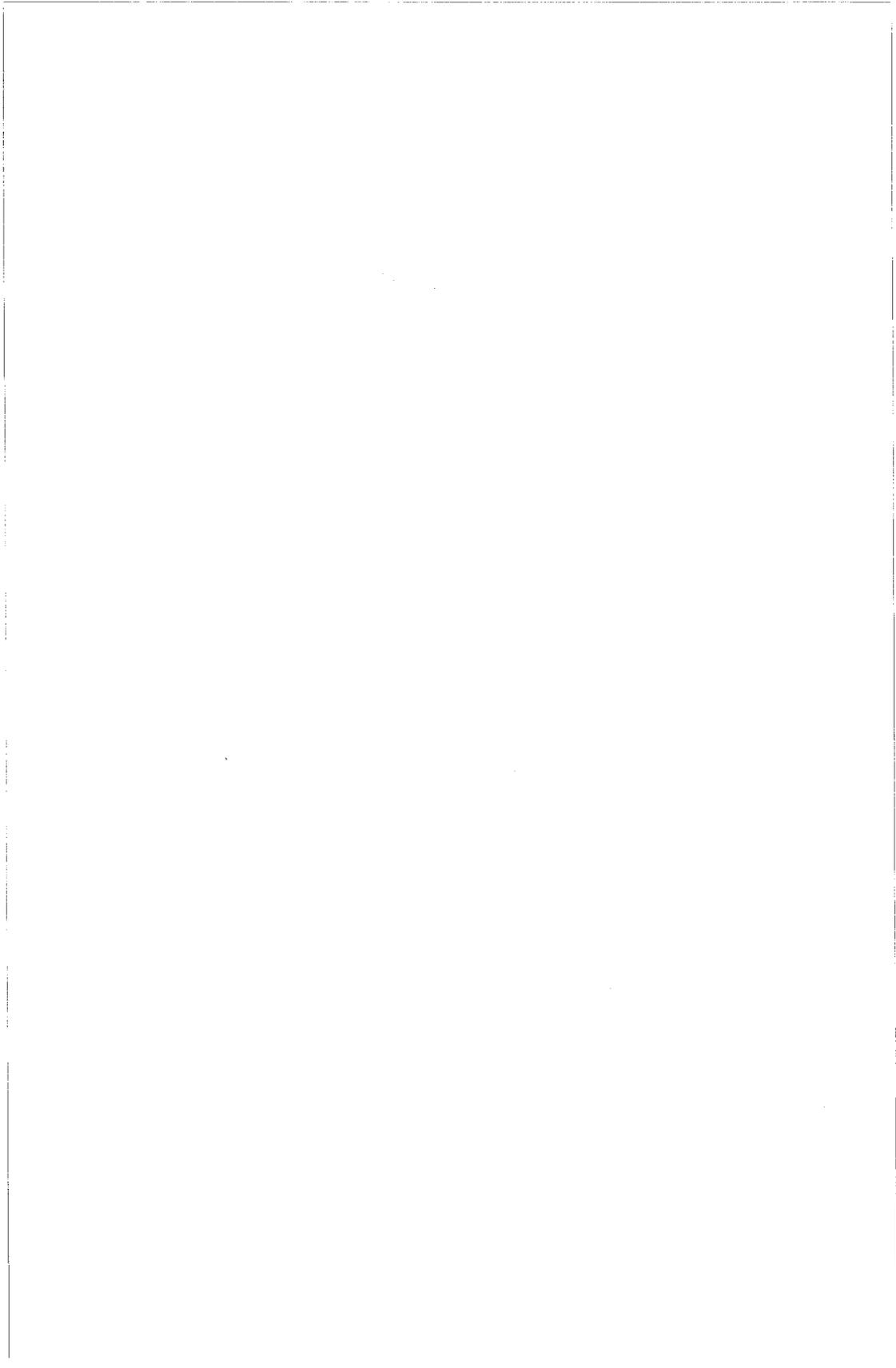
Menciones de Honor

Obra: Sólo lo hice una vez
Seudónimo: Helio Maturana
Autor: Rolando Nicolás Bodden Peguero

Obra: Resplandor
Seudónimo: Venus
Autor: Mirtha Celeste Disla Díaz



APÉNDICE



NOTAS BIOGRÁFICAS DE LOS AUTORES*

Henry Almonte Diloné nació en Santiago de los Caballeros en 1958. Es Ingeniero Civil, Economista y Comunicador Social. Cultivador ferviente del soneto y del cuento, ha publicado “De lo humano a lo divino”, libro de sonetos, y cuentos dispersos en diferentes periódicos y revistas de circulación nacional. Ingresó al Banco Central en 1989 como Subdirector de Ingeniería y Planificación de INFRATUR. Actualmente se desempeña como Encargado de Promoción y Asuntos Internacionales del Departamento de Desarrollo y Financiamiento de Proyectos (DEFINPRO).

Maritza Balbuena Alvarado nació en Río San Juan. Es hija de Francisco Balbuena Sánchez y Lilia Alvarado. Después de realizar sus estudios primarios y secundarios se trasladó a la ciudad de Santo Domingo, donde obtuvo el título de Secretaria Ejecutiva en el Instituto Dominicano Gregg. Posteriormente cursó estudios especializados en la Ohio State University. Actualmente es pensionada del Banco Central, donde laboró por espacio de 14 años, sirviendo en diferentes áreas de la institución. Además de la pintura, disfruta de las artes manuales, la natación y sus ratos libres los llena con la lectura y la música clásica.

Rolando Nicolás Boddén Peguero nació en la ciudad de Santo Domingo, el día 15 de septiembre del año 1951. Es hijo de

Estas notas biográficas fueron confeccionadas por los propios autores.

Rodolfo Bodden (fallecido) y Rhina Peguero. Es casado con la señora Argelia Almánzar, con quien tiene tres hijos: Rolando Alberto, Laura Patricia y Rhina Teresa. Se graduó de Ingeniero Agrónomo en la Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD), institución de la cual forma parte de su cuerpo de profesores. Ha impartido docencia en la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña (UNPHU) y el Instituto Tecnológico de Santo Domingo (INTEC). Ha desempeñado diversos cargos en la Administración Pública. En 1989 concluyó su maestría en Administración Pública en la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra (PUCMM). Ha realizado diferentes cursos de postgrado, en el país y en el extranjero. Ingresó al Banco Central de la República Dominicana a través del INDOTEC en el año de 1991. Actualmente tiene el cargo de Técnico Asesor.

Vladimir A. Bretón Méndez nació en San Francisco de Macorís, el 19 de septiembre de 1978. Es hijo del Dr. Leonardo Bretón y la Lic. Ana Lucía Méndez. Cursó sus estudios primarios en el Colegio La Altagracia de San Francisco de Macorís, terminando los secundarios en el Colegio Pedro Francisco Bonó, en 1995. Realizó estudios de arte y pintura en la Escuela de Bellas Artes de San Francisco de Macorís, entre 1992 y 1995. En 1997 ingresó a la Universidad Autónoma de Santo Domingo como estudiante de ingeniería civil. Es Técnico Auxiliar del Departamento Administrativo, División Ingeniería, del Banco Central. En la actualidad presta sus servicios en el Instituto Dominicano de Tecnología Industrial (INDOTEC).

Domingo De la Cruz nació en Santo Domingo en 1968. Bachiller en Ciencias Físicas y Matemáticas, se graduó de Mecánico en Refrigeración Industrial y de Soldador en el Instituto de Formación Técnico Profesional. Desde 1992 trabaja en el Instituto Dominicano de Tecnología Industrial, como Auxiliar de Mantenimiento. Escribió sus primeros versos cuando cursaba estudios en la Escuela "La Trinitaria". En 1998 publicó en diarios

de circulación nacional y realizó presentaciones artísticas en televisión, clubes y pueblos del interior.

Mirtha Celeste Disla Díaz nació en Santo Domingo. Se graduó de Licenciada en Contabilidad en la Universidad Autónoma de Santo Domingo. Actualmente labora en el Banco Central de la República Dominicana, en el área de Cartera FIDE, del DEFINPRO.

Ha sido reconocida en cuatro oportunidades (1995, 1997, 1998 y 1999) con premios otorgados por el Departamento Cultural del Banco Central de la República Dominicana.

Siempre ha sido, más que una observadora pasiva, una atenta participante de cada padecimiento, alegría o tristeza de sus personajes. El nacimiento de cada cuento es un alumbramiento, y verlo crecer la convierte no en su creadora, sino en cómplice de sus vidas.

Pedro Antonio Fernández nació en Santo Domingo, el 26 de noviembre de 1963. Realizó sus estudios primarios en la Escuela María Trinidad Sánchez, y los secundarios los completó en el Liceo Manuel Rodríguez Objio. En el 1987 ingresó al Banco Central de la República Dominicana, donde laboró en el Departamento Policía Especial de Bancos del Estado (P.E.B.E.), para luego pasar al Departamento de Contabilidad. Se inició como fotógrafo en el año 1994, realizando varios cursos de perfeccionamiento de esta área, en la que se destacan fotoshop 5.5, realización de bodas, iluminación, escenografía, prensa, fotografía artística y pictórica. Actualmente se desempeña como Técnico-Fotógrafo de la División Audiovisual del Departamento de Comunicaciones del Banco Central.

Celina Fondeur Cernuda es Licenciada en Derecho. Se inició en el servicio público en la Secretaría de Estado de Relaciones Exteriores, como Auxiliar de Asuntos Generales, al tiempo que cursaba estudios de Secretariado Ejecutivo en el Instituto Gregg. Conocedora de aspectos administrativos,

normativos y de procedimientos, se involucró en la parcela protocolar y luego en el servicio exterior, donde le esperaban nuevas experiencias. Al regresar a Santo Domingo fue Subdirectora de la Dirección General de Pasaportes. Se integró al Banco Central en 1985, ocupando diferentes cargos, hasta el de Directora del Departamento Cultural, puesto que ocupaba cuando fue jubilada en 1995.

Sarah Perelló Cruz realizó estudios de primaria, secundaria y bachillerato en el Colegio Apostolado. Graduada de Secretaria Bilingüe en Puerto Rico en el año 1960. En el 1968 ingresó al Banco Central de la República Dominicana, donde laboró hasta 1992, siendo su último cargo el de Coordinador en el Museo Numismático. En 1978 obtuvo el título de Derecho en la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña. Además, ha realizado cursos de Turismo, Derecho Internacional, Música, Embajadas y Consulados, entre otros. En las artes plásticas ha tomado los módulos de pintura I, II y III con la profesora Miriam Miniño, y un año con la profesora Katia Samillán.

Marcela Pérez de Martí nació en Santo Domingo en 1936. Realizó sus estudios en el Colegio Luis Muñoz Rivera, obteniendo el título comercial High School. Comenzó a laborar en el Banco Central de la República Dominicana en 1966, desempeñando labores secretariales durante diez años. Su inclinación por las artes comenzó al ser pensionada en 1993, ya que pudo disponer de tiempo para participar en los cursos de pintura al óleo, dirigidos por la Prof. Miriam Miniño, auspiciados por el Plan Cultural del Departamento de Jubilaciones y Pensiones del Banco Central, así como en la Academia de Pintura de Guillo Pérez.

Geraldo Amable Pimentel Ramírez nació en el Cercado, San Juan de la Maguana, en 1966. Cursó sus primeros estudios en su región de origen. En 1984 se trasladó a Santo Domingo e ingresó a la Universidad APEC, donde obtuvo el título de Ingeniero en Sistemas de Información en 1989. En 1992 ingresó al Banco

Central de la República Dominicana, en el Área de Informática del Departamento Administrativo de Recursos Especializados, hoy DEFINPRO, donde actualmente labora. En 1966 ingresó a la Escuela de Arte Germán Ricardo, donde comenzó sus primeros pasos en la pintura.

José C. Polanco Santana nació en Santiago de los Caballeros en el 1960. Es Licenciado en Mercadotecnia, Técnico en Artes Publicitarias y Comunicador Social. Su pasión es la fotografía, el diseño gráfico y la pintura. Sus fotografías trascienden la frontera de nuestro país, tanto en revistas, afiches, brochures, así como en exposiciones de ferias, congresos y seminarios. Ingresó al Banco Central en 1990, en el Departamento de Infraestructura Turística (INFRATUR). Actualmente se desempeña como Técnico Audiovisual en el Departamento de Comunicaciones y Profesor de Turismo y Mercadeo en la Universidad O&M.

Juan Manuel Prida Busto nació en Santo Domingo el 19 de agosto de 1956. Cursó estudios de Economía en la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña y de Historia en la Universidad Católica de Santo Domingo. Ha publicado varios libros de cuentos: "Huellas en la Niebla" (Premio Anual de Cuento 1990), "Piel a mi piel" (1992), y "Arena de soledad" (1994), "En la luz de la noche" (1999). Colabora con diarios y revistas nacionales y extranjeros. Actualmente es pensionado del Banco Central, donde laboró por espacio de 20 años, en diferentes departamentos de la institución. Su última posición fue la de Subdirector del Departamento Cultural a cargo del Museo Numismático y Filatélico.

Rafael V. Ravelo Peña nació en La Romana, R.D., el 23 de octubre de 1960. Realizó los estudios intermedios y secundarios en Santo Domingo, al igual que la carrera universitaria, alcanzando el título de Licenciado en Contabilidad (1986). Ingresó al Banco Central en agosto de 1985; actualmente labora como Asistente

Técnico en el DEFINPRO. Realizó el curso, "Iniciación a la Fotografía" (1991), en el Museo de Historia y Geografía. Instado por el extinto profesor Dr. Antonio Ortega, se incorporó a la Casa Fotográfica de Wilfredo García, en donde amplió sus conocimientos fotográficos mediante la participación en cursillos y talleres, además, en giras fotográficas y concursos internos. Ha participado en otras colectivas. Es miembro fundador del Fotoclub Wilfredo García.

COLECCIÓN DEL BANCO CENTRAL
DE LA REPÚBLICA DOMINICANA

SERIE ARTE Y LITERATURA

Arte taíno

Montás, Borrell, Moya Pons

Los Tesoros artísticos del Banco Central
Catálogo

La aventura interior

José Alcántara Almánzar

Las metamorfosis de Makandal

(1ra. ed., 1998, 2da. ed. 1999).

Manuel Rueda

Cuaderno de la infancia

Máximo Avilés Blonda

Imágenes del dominicano

(1ra. ed., 1998, 1ra. reimpresión 2001).

Manuel Rueda

En la luz de la noche

Juan Manuel Prida Busto

Arquímedes y el Jefe y otros cuentos de la Era
Armando Almánzar R.

Xavier Amiama, pintor de la noche de Haití
Octavio Amiama Castro

La noche de Jonsok
Diógenes Valdez

Luz encarcelada
Luis Manuel Piantini Munnigh

Testimonios de un director de orquesta
Julio de Windt

Narraciones de vuelta al mundo
Jacinto Gimbernard

Por los lugares del recuerdo
Dulce Macarrulla

El amor todos los días
Ida Hernández Caamaño

Ensayos sobre música
Rafael Villanueva

En torno a la música: guía para la apreciación musical
Aída Bonnelly de Díaz

SERIE BIBLIOGRAFIA

Bibliografía económica dominicana 1978-1982
Banco Central de la República Dominicana.
Departamento Cultural

Bibliografía económica dominicana 1983-1986
Banco Central de la República Dominicana.
Departamento Cultural

Bibliografía económica dominicana 1947-1987
Banco Central de la República Dominicana.
Departamento Cultural

Bibliografía económica dominicana 1988-1996
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Bibliografía económica Dominicana 1997-1998
Banco Central de la República Dominicana.
Departamento Cultural

SERIE CIENCIAS SOCIALES

La Independencia Nacional: su proceso
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Presencia de la cultura precolombina
en el arte caribeño contemporáneo
Mildred Canahuate (Editora)

Una interpretación de la política
monetaria y bancaria dominicana 1984-1999
José Luis Alemán

Apuntes de economía y política
Luis Manuel Piantini Munnigh

*Obras premiadas. Tercer Concurso de Arte
y Literatura Bancentral 1997*
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

*Obras premiadas. Cuarto Concurso de Arte
y Literatura Bancentral 1998*
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

*Obras premiadas. Quinto Concurso de Arte
y Literatura Bancentral 1999*
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

*Obras premiadas. Sexto Concurso de Arte
y Literatura Bancentral 2000*
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Esta primera edición de 1000 (un mil) ejemplares de *Obras Premiadas. Séptimo Concurso de Arte y Literatura Bancentral 2001*, se terminó de imprimir en la Subdirección de Impresos y Publicaciones del Departamento Administrativo del Banco Central de la República Dominicana, en el mes de agosto de 2002, Año del Quincuagésimo Quinto Aniversario del Banco Central.

